



GUÍA DO PEREGRINO. 10

Reflexións para vivir o
Ano Xubilar da Franqueira

María, mujer y Madre

Monjas Benedictinas

Monasterio de la Transfiguración del Señor

Trasmañó- Redondela

En el año de la Fe, y en el 50 aniversario de la coronación de Santa María Virgen de la Franqueira, y coincidiendo con el 50 aniversario del concilio vaticano II, vamos a ir recorriendo y descubriendo por medio de la palabra de Dios, la figura de María, como Mujer y como Madre.

De María, los Evangelios nos dicen muy poco, pero los textos que tratan de ella, son muy ricos en contenido. En torno a la figura de María se ha escrito mucho, pero el gran misterio que encierra María de Nazaret, la madre de Jesús, es tan grande, que ni la mariología, ni los filósofos, ni los teólogos ni los grandes estudiosos de la Biblia, han podido desvelar, ni nunca lo podrán hacer.

La devoción a María y el amor que se le tributa es muy grande. Su figura a lo largo de los siglos, ha inspirado a grandes pintores y poetas; es muy fecunda y rica pero nos la pintan como una mujer meliflua, sobrehumana, inalcanzable, distante; muy por encima a como nos la presentan los evangelios; una sencilla campesina de Nazaret.

María era para todos sus convecinos de Nazaret, una joven normal sin nada relevante, sencilla y humilde. Sus padres la habían comprometido con un joven llamado José, como era costumbre.

La primera vez que escuchamos el nombre de María, es en los Evangelios. Mateo y Lucas. En Mateo: (genealogía de Jesús) (Mt. 1, 16). Y en el evangelio de Lucas: «Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un joven llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María». (Lc 1, 26-27). Nombre que significa: La elegida, la amada de Dios, la predilecta de Dios, la que estaba en la mente de Dios desde toda la Eternidad, para una misión concreta. La de ser la Madre de Jesús. (LG nº 56)

Dios sorprende a María de Nazaret en un pequeño pueblo de Galilea, cuando ésta se encuentra en oración, en el silencio de la contemplación, igual que sorprendió a Zacarías, el anuncio del nacimiento de Juan, en el templo, lugar grandioso, solemne. La salvación de Dios, no llega desde los grandes templos, ni de los palacios. Dios, llega desde lo humilde desde lo pequeño, desde lo insignificante, Dios, llega desde una doncella, María de Nazaret. Lucas nos lo cuenta: «Al sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María». (Lc 1, 26-28).



La fe de María es firme, segura, fecunda; no se tambalea, solo pregunta. María dijo al ángel: ¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre? (Lc 1,34). Ella, la humilde campesina, solo cree, se fía de la fuerza que le viene de lo alto, se inclina y libremente dice, Sí. «Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices». (Lc 1, 38,38). Mientras que la fe de Zacarías, a pesar de ser un hombre justo, que ejerce en el templo el servicio sacerdotal, ante el anuncio del ángel, su fe es débil, no cree, es insegura, no se fía del poder del Señor, no cree que Dios pueda sacar hijos de las mismas piedras. Los anuncios van en paralelo, y se asemejan entre sí: «No temas, Zacarías, tu petición ha sido escuchada. Isabel, tu mujer te dará un hijo al que pondrás por nombre Juan». (Lc 1, 13). Zacarías dijo al ángel: ¿Cómo sabré que va a suceder así? Porque yo soy viejo y mi mujer es estéril y de avanzada edad. (Lc 1, 18). Zacarías duda de la intervención de Dios a pesar de ser sacerdote del templo, su fe es muy raquítica, cree más en sus facultades humanas que en el poder de Dios, y por eso queda mudo.

María, vocacionada por Dios.

María es la elegida de Dios desde el comienzo de los tiempos: «Pues el Señor mismo os dará una señal: Mirad, la joven está encinta y da a luz un hijo, a quien pone el nombre de Enmanuel». (Is 7, 14). En la soledad del silencio, fue sorprendida por el ángel. El ángel entró donde estaba María y le dijo: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo». Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. (Lc 1, 28-29).

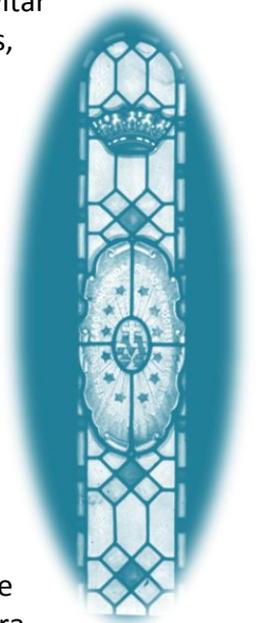
María, hace un pacto con Dios. El Señor le pide que colabore con Él, para la obra de la redención. Le encomienda una misión demasiado grande para una joven y humilde campesina. Como es de suponer, es lógico que la presencia del ángel, la perturbara, pues la sacó de su contemplación, de su silencio, de su oración. El ángel, la tranquiliza: «No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor». (Lc 1, 30). Ella da su consentimiento con fe y libremente. María dijo: «Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices. Y el ángel la dejó». (Lc 1, 38). La dejó con su soledad, con su pequeñez, pero al mismo tiempo con la alegría y fortaleza de una mujer nueva. La nueva Eva; la Madre de toda la humanidad, la que nos traería al Salvador del mundo, a Jesús, el Hijo de Dios.

María peregrina de la fe.

Después de que el ángel la dejó y verse envuelta por la caricia de Dios, no se quedó contemplándose. Al despertar del hechizo en que se había visto sumergida, vuelve a la realidad; se da cuenta que lo que le ha acontecido no fue un sueño, sino algo real. Sale de sí misma y de inmediato, sin pensar en ella, cree que lo que el Señor le ha pedido es muy grande, y tiene que comunicárselo a alguien. ¿A dónde creéis que va? lo más natural, serían sus padres, o su prometido José, para evitar toda sospecha, cuando su embarazo fuera notable, pero no es como nosotros lo vemos, que sería lo más lógico, María, se da cuenta que su prima está en una situación difícil, las dos están embarazadas, pero su prima es anciana y sabe que la necesita; por ello sin dudarle ni un instante, nos dice Lucas: «María se puso en camino y se fue deprisa, a un pueblecito de Judá, llamado, Ain Karim», a encontrarse con su prima Isabel.

María es la aurora que nos anuncia al Sol del mundo Cristo Jesús; su juventud lozana es flor que no se marchita, porque va a ser la madre de la vida, por ello cuando las dos mujeres se saludan, Juan saltó de alegría en el seno de su madre; e Isabel, llena del Espíritu Santo, bendice a María y la llama dichosa, porque ha creído, y al mismo tiempo, le profetiza que lo que le ha dicho el Señor se cumplirá. (Lc 1, 39-45). Ella manifiesta a su prima su desbordante alegría e irrumpe de gozo: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi salvador» (Lc 1, 47ss). María estuvo con Isabel unos tres meses; después volvió a casa». (Lc 1, 56).

Su regreso no le pudo ser fácil, ya que su embarazo se le tenía que empezar a notar, y seguro que percibiría la desconfianza de José, esta desconfianza y el silencio de María, haría que su relación entre ellos no les fuese fácil. Solo los sostendría la fe y la espera.



La Madre de Jesús.

María a punto de dar a luz, tiene que ir a empadronarse a Belén, y las circunstancias hacen que el Hijo de Dios, nazca en la más absoluta pobreza. Quizá, por nacer pobre, a los primeros que se les manifiesta es a los pobres pastores, y toda su vida será así; el salvador de los pobres y humildes, los que recibirán con agrado su mensaje de salvación. (Lc 4, 18-9). No sin razón María al encontrarse con su prima, nos dice que «Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió vacíos» (Lc 1, 53). María, nos acompañará en su peregrinación de fe, toda su vida, pero su corazón de madre, sufrirá en silencio, y muchas veces, sin entender. Ella cumple la ley del Señor, y le profetizan, que una espada le atravesaría el corazón. (Lc, 2, 22-32).



Peregrinan a Jerusalén.

Como cualquier matrimonio, María y José, solían ir cada año a Jerusalén. Ese año, el niño cumplió doce; subieron a la fiesta, según lo acostumbraban hacer.

El regreso de vuelta no fue muy feliz. María, se da cuenta de que el niño no va con ellos; creyendo que iba con la caravana, se quedaron tranquilos, pero cuando ven que el tiempo pasa y el niño no aparece, se dedican a buscarlo inquietos, pero al niño no lo encuentran. Volvieron a Jerusalén, cuando lo ven en el templo, la angustia de su madre es tan grande, que al tenerlo a su lado, no puede menos que recriminarlo como cualquier madre que se le escapa el hijo. «Su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Jesús le responde: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabías que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?» (Lc 2, 48-49). La respuesta de Jesús la deja perpleja, desconcertada, no sabe a qué se refiere ni de qué le está hablando su hijo. María, no entiende nada, pero cree, su fe no flaquea ni por un instante, todas estas palabras las va guardando y meditando en su corazón. El amor de la madre, es fecundo, oblativo y silencioso.

Mujer

Durante la infancia de Jesús María aparece silenciosa, discreta y hasta cierto punto tímida. Pero en el evangelio de Juan, la vemos como la mujer madura, decidida; dispuesta y resuelta a abogar por los pobres, como nos la describe el libro del Apocalipsis. (Ap 12,18).

Juan nos cuenta que en Caná de Galilea hubo una boda y que la madre de Jesús estaba allí. También estaban Jesús y sus discípulos. (Jn 2, 1-2). María estaba como una invitada más, pero la intuición femenina, le dice que algo no va bien; se da cuenta que no tienen vino; discretamente se acerca a Jesús y le dice: «No tienen vino». Jesús le respondió: «Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado». Jesús, solo se dirige a su madre llamándola mujer, en dos ocasiones; uno, en este momento para decirle que no ha llegado su hora y el que no tengan vino, no les corresponde solucionarlo a ellos. El otro momento es desde la cruz, en que vuelve a dirigirse a ella llamándola mujer, y ahora sí que ha llegado su hora.

Al llamarle mujer, y no madre, es como para reafirmar, que nació de una mujer y bajo la ley. La negativa que le da, seguramente va dulcificada por la cálida mirada de Jesús y con el suave tono de su voz. Por ello, María segura de sí misma y con plena confianza de que su Hijo le haría caso a su ruego, con

firmeza y autoridad, «Dijo la madre a los servidores: Haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5). A partir de este momento, María, ya no aparece como mujer, ni como madre hasta el momento de la cruz, sino como discípula. Es la discípula fiel de su Hijo. (Mt 12, 46-50). Jesús, no desprecia a su madre, sabe que ella es la primera en cumplir la voluntad de Dios. En otra ocasión una mujer que estaba escuchando a Jesús; dijo en voz alta: «Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron. Pero Jesús dijo: Más bien, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». (Lc 11, 27-28).

María, es la seguidora discreta y silenciosa, que toda su vida cumplió la voluntad del Señor. La discípula fiel de su Hijo, hasta el momento de la cruz. Ha llegado la hora y María está al pie de la cruz, con el discípulo amado. Jesús entrega a Juan el tesoro más preciado, dándosela como madre. «Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre». (Jn 19, 25-27). ¡Qué difícil momento tuvo que ser este para María; cuando está sufriendo la agonía de su Hijo, y su propia agonía, Él le entrega a Juan, para que ocupe su lugar; y desde ese momento, recibe a Juan, como hijo y Juan la recibe como madre. Silenciosa firme y serena. Ella la Theotokos, la nueva Eva, la mujer fuerte, fecunda y contemplativa permanece junto a su Hijo al pie de la cruz muriendo con Él para resucitar con Él.

María, desde este momento va a ser la que aglutine en torno a sí, a los discípulos de Jesús, y con ella, se forma la primera comunidad cristiana. (Hch 1, 12-14).

María será siempre Madre de Cristo, Madre de toda la humanidad, y Madre de la Iglesia por los siglos de los siglos. Amén.

Ella, es la gloriosa mujer, porque por encima de todos los atributos que se le fueron dando al correr de los siglos, lo más grande de ella, es que es Madre. En el Génesis, encontramos la profecía sobre María, «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón». (Gen 3, 15).

María es la nueva Eva, la madre de las madres y Madre de la Iglesia. Ella es la doncella, la esclava, en la que el Todopoderoso hizo cosas grandes y que ahora la vemos de pie a la derecha del Padre como una reina adorna con joyas y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Benedictinas
Trasmañó 2013

